Emociones en política y cultura: un cambio de paradigma de la modernidad a la posmodernidad

Carlos Contreras Painemal[1]

Vivimos tiempos de indigencia, de vacío,
tiempos en que los viejos dioses ya se han ido
y los nuevos aún no han llegado.
Hölderlin

A lo largo de la historia, la humanidad ha experimentado una serie de paradigmas que han moldeado su comprensión del mundo y la forma en que interactúa con él. En Occidente, estos paradigmas se pueden clasificar en tres categorías principales: el paradigma de la fe, que se basa en creencias religiosas y dogmas; el paradigma del progreso, que enfatiza la idea de avance y mejora continua a través de la razón y la ciencia; y el paradigma del desarrollo, que se centra en el crecimiento económico individual (Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo [PNUD], 1990).

Este artículo analiza cómo el cambio de paradigma de la modernidad a la posmodernidad ha afectado nuestra percepción de las emociones en la política y la cultura. Se destaca la creciente importancia de un enfoque holístico, que contrasta con el método científico tradicional (Foucault, 1966; Kuhn, 2004/1962). Este

[1] Antropólogo por la Freie Universität Berlín y doctor en Sociología por la Universidad Alberto Hurtado. Director Centro de Documentación e Investigación Indígena RUCADUGUN. Docente de ETHICS. contrerpaine@yahoo.com

cambio no solo redefine nuestra comprensión de las emociones, sino que también subraya la convergencia entre la ciencia y el arte como una vía enriquecedora para investigar las emociones en contextos políticos y culturales (Bauman, 2004; Damasio, 1994; Jameson, 1991; Lyotard,1979/1991; Shusterman, 2000).

El contexto de la discusión

La transición de la modernidad a la posmodernidad ha traído consigo un replanteamiento significativo de cómo entendemos y experimentamos las emociones en el ámbito político y cultural. En la modernidad, predominaba una visión racionalista que priorizaba la lógica y el empirismo, relegando las emociones a un segundo plano. Este enfoque, influenciado por el pensamiento ilustrado, consideraba que el progreso humano se lograba a través de la razón y el conocimiento científico, lo que llevó a la creación de sistemas políticos y sociales basados en la objetividad y la eficiencia.

Sin embargo, la posmodernidad desafía esta concepción al reconocer la complejidad y la subjetividad de la experiencia humana. En este nuevo paradigma, las emociones emergen como elementos centrales en la construcción de significados y en la toma de decisiones políticas. La frase de apertura, que evoca un tiempo de vacío y transición (Hölderlin, 1986), refleja la crisis de los grandes relatos que caracterizó la posmodernidad, cuando las certezas absolutas han sido reemplazadas por una multiplicidad de voces y narrativas. Este contexto invita a una reconsideración de cómo las emociones influyen en la política y la cultura, ya que las identidades y las experiencias individuales juegan un papel crucial en la formación de opiniones y en la movilización social.

El enfoque holístico (Bohm, 1980), que comienza a instalarse en la realidad actual, sugiere que las emociones no deben ser vistas como meras respuestas individuales, sino como fenómenos sociales que están intrínsecamente ligados a las dinámicas de poder y a las estructuras culturales. La intersección entre la ciencia y el arte se convierte en un campo fértil para explorar estas emociones, ya

que ambas disciplinas ofrecen herramientas complementarias para entender la complejidad de la experiencia humana. La ciencia proporciona métodos rigurosos para estudiar las emociones, mientras que el arte permite una expresión más profunda y matizada de estas experiencias.

Por ejemplo, el trabajo de Antonio Damasio (1994) sobre la relación entre las emociones y la toma de decisiones resalta cómo las emociones son fundamentales para la racionalidad humana. Damasio argumenta que las emociones no son opuestas a la razón, sino que son esenciales para la misma, ya que guían nuestras elecciones y nos ayudan a navegar en un mundo complejo. Este enfoque desafía la visión tradicional que separa la razón de las emociones, sugiriendo que una comprensión más integrada de ambas es necesaria para abordar los desafíos políticos y culturales contemporáneos.

Asimismo, la obra de Zygmunt Bauman (2004) sobre la modernidad líquida ilustra cómo las emociones en la posmodernidad están marcadas por la incertidumbre y la fluidez. En un mundo donde las relaciones son cada vez más efímeras y las identidades son más flexibles (Bauman, 2004), las emociones juegan un papel crucial en la búsqueda de conexión y pertenencia. La política, en este contexto, se convierte en un espacio donde las emociones pueden ser manipuladas y explotadas, lo que plantea importantes preguntas sobre la ética y la responsabilidad en la comunicación política.

La convergencia entre ciencia y arte también se refleja en la forma en que las narrativas culturales pueden influir en la percepción de las emociones. Las obras de arte, la literatura y el cine pueden ofrecer representaciones poderosas de experiencias emocionales que resuenan con el público y pueden movilizar a las personas en torno a causas políticas (Nussbaum, 2001). La capacidad del arte para evocar emociones profundas y generar empatía (Shusterman, 2000) se convierte en una herramienta valiosa para la acción social y la transformación cultural.

El marco de la discusión

El concepto de paradigma, tal como lo define Thomas Kuhn (2004/1962) en su obra *La estructura de las revoluciones científicas*, se refiere a un conjunto de prácticas, creencias y valores que constituyen un sistema de verdades cerrado que opera en la realidad. Estos paradigmas guían la investigación y la interpretación del mundo, estableciendo lo que se considera válido y verdadero en un determinado contexto histórico. La transformación de estos paradigmas, según Kuhn, no ocurre de manera gradual, sino a través de revoluciones científicas que reconfiguran la comprensión del conocimiento y la realidad.

El tránsito de la modernidad a la posmodernidad observa un cambio significativo en el paradigma dominante. La modernidad, centrada en la razón, el positivismo y el método científico, promovió la idea de que el progreso humano se lograba a través de la lógica y la evidencia empírica. Este enfoque racionalista, que se consolidó entre los siglos XVII y XX, relegó las emociones y la espiritualidad a un segundo plano, considerándolas como elementos irracionales que obstaculizaban el avance del conocimiento. Como señalaba Feyerabend (1986), no hay un método único que garantice el progreso científico; la diversidad de enfoques es esencial para el avance del conocimiento.

Sin embargo, la posmodernidad, que emerge a mediados del siglo XX, desafía las premisas de la modernidad y deconstruye la noción del progreso lineal. Como señala Derrida (1986) en *De la gramatología*, la deconstrucción no debe entenderse como un método aplicable desde el exterior, sino como un proceso que trabaja desde el interior de las estructuras textuales para revelar sus contradicciones y complejidades. En este sentido, la deconstrucción «no afecta a las estructuras desde afuera» (1967: 32), sino que «habita» en ellas para desestabilizar sus fundamentos metafísicos. Este enfoque crítico permite cuestionar las verdades absolutas y las narrativas hegemónicas que han dominado el pensamiento moderno.

En este nuevo contexto posmoderno, se posiciona un sistema de verdades que valora la emoción, la espiritualidad y lo holístico. Las emociones, antes vistas como obstáculos para la racionalidad, son ahora reconocidas como componentes esenciales de la experiencia humana. La espiritualidad, en sus diversas formas, se convierte en un medio para explorar la conexión entre el individuo y el cosmos, desafiando la fragmentación del conocimiento que caracterizó a la modernidad. Como señala el filósofo y teólogo David Tacey en *La revolución de la espiritualidad: el surgimiento de la espiritualidad contemporánea*

Significativamente, la nueva revolución se encuentra en el corazón de las nuevas ciencias, donde descubrimientos recientes en física, biología, psicología y ecología han comenzado a restaurar la dignidad de visiones espirituales de la realidad que antes estaban desacreditadas (Tacey, 2004: 1).

Este cambio de paradigma también implica una crítica a la visión mecanicista del mundo, promoviendo una comprensión más holística de la realidad. La interconexión entre todos los aspectos de la vida se convierte en un principio fundamental, según el cual las emociones, la espiritualidad y la razón coexisten y se enriquecen mutuamente. En este sentido, Edgar Morin plantea en *La mente bien ordenada* la urgencia de reformar el pensamiento para organizar el saber y superar la brecha entre las culturas científica y humanista. Morin advierte que la enseñanza contemporánea debe formar mentes bien ordenadas, capaces de comprender la complejidad de la condición humana y afrontar la incertidumbre, con el propósito último de formar ciudadanos para el nuevo milenio.[2]

El tránsito de la modernidad a la posmodernidad, tal como lo describe Kuhn, implica una transformación radical en los sistemas de verdades que operan en la realidad. La invocación a la razón y el positivismo, que dominaron el pensamiento moderno, son desafiados por un nuevo paradigma que valora la emoción, la espiritualidad y lo holístico.

[2] La referencia al texto de Morin proviene de Urbina Cárdenas (2005: 31).

Modernidad y racionalidad

Durante la modernidad, que abarca aproximadamente desde el siglo XVII hasta principios del siglo XX, la razón y el objetivismo científico se convirtieron en los pilares del conocimiento y el progreso. Este período se caracterizó por una serie de transformaciones intelectuales, sociales y tecnológicas que llevaron a un cambio significativo en la forma en que las personas comprendían el mundo (Kant, 2003; Weber, 1905). La modernidad se fundamentó en la creencia de que la razón humana podía desentrañar los misterios del universo y, a través de la ciencia, mejorar la condición humana.

Jürgen Habermas, un destacado filósofo y sociólogo alemán, contribuyó significativamente al pensamiento contemporáneo con su teoría de la acción comunicativa. Habermas sostiene que la comunicación racional es esencial para la legitimación democrática y el consenso social (1981: 35-60). Según su teoría, los individuos deben participar en un diálogo libre de coerción para alcanzar acuerdos racionales y mutuamente aceptables. Esta perspectiva destaca la importancia de la razón y el objetivismo en la construcción de una sociedad democrática y justa.

Por otro lado, Theodor Adorno y Max Horkheimer, miembros de la Escuela de Frankfurt, presentaron una crítica contundente al positivismo y la racionalidad instrumental en su obra *Dialéctica del Iluminismo*. Argumentaron que la racionalidad instrumental, que busca dominar y controlar la naturaleza a través de la ciencia y la tecnología, llevó a la deshumanización y alienación en la sociedad moderna. Según ellos, esta forma de racionalidad contribuyó al surgimiento de sistemas autoritarios y al deterioro de la cultura (Horkheimer y Adorno, 1944/2008).

Michel Foucault, por su parte, exploró cómo las estructuras de poder y conocimiento influyen en la modernidad (1975), centrándose en la racionalidad disciplinaria y su impacto en la sociedad. Max Weber, por otro lado, analizó la racionalidad instrumental y su relación con el desarrollo del capitalismo (1905), mostrando cómo la ética protestante influyó en la racionalidad económica y social

de la modernidad. Zygmunt Bauman examinó cómo la modernidad y su enfoque en la racionalidad instrumental contribuyeron a eventos catastróficos como el Holocausto (2011), planteando críticas profundas a la modernidad. John Stuart Mill (1962), a través de su obra *Sobre la libertad*, proporcionó una perspectiva sobre la racionalidad y el liberalismo, argumentando a favor de la libertad individual y el progreso científico como motores de la modernidad.

Emociones y subjetividad

La comparación entre el enfoque de Michel Foucault sobre el poder y el de Zygmunt Bauman sobre la modernidad líquida revela importantes intersecciones y divergencias en la forma en que ambos autores abordan la influencia de las emociones en la sociedad. A continuación, se presenta un análisis de sus perspectivas, enmarcado en el contexto del cambio de paradigma de la modernidad a la posmodernidad.

Michel Foucault, en su análisis del poder, se centra en cómo este se manifiesta a través de las relaciones sociales y los discursos que configuran la realidad. Foucault sostiene que el poder no es solo una fuerza represiva, sino que se ejerce a través de la producción de conocimiento y la regulación de las conductas. En su obra *Vigilar y castigar*, Foucault explora cómo las instituciones modernas, como la prisión y la escuela, utilizan técnicas de control que moldean no solo el comportamiento, sino también las emociones y la subjetividad de los individuos. Foucault argumenta que el poder no solo reprime, sino que también produce realidad. En sus propias palabras: «Hay que cesar de describir siempre los efectos de poder en términos negativos: "excluye", "reprime", "rechaza", "censura", "abstrae", "disimula", "oculta". De hecho, el poder produce; produce realidad; produce ámbitos de objetos y rituales de verdad» (Foucault, 2002: 180).

Esta producción de subjetividad se lleva a cabo a través de lo que Foucault denomina «disciplina», una tecnología política del cuerpo que fabrica individuos dóciles y útiles. En *Vigilar y castigar* describe cómo «la disciplina "fabrica" individuos; es la técnica

específica de un poder que se da a los individuos a la vez como objetos y como instrumentos de su ejercicio» (Foucault, 2002: 158). Las emociones, por lo tanto, son parte integral de estas dinámicas de poder, ya que las instituciones y los discursos sociales influyen en cómo las personas sienten y experimentan su realidad. Por ejemplo, la forma en que se construyen las identidades de género o las normas de salud mental está profundamente ligada a las emociones que se consideran aceptables o inaceptables en un contexto social determinado. Así, las emociones son moldeadas por el poder, que actúa a través de discursos que definen lo que es normal o patológico.

Por otro lado, Zygmunt Bauman introduce, como señalé más arriba, el concepto de «modernidad líquida» para describir la condición contemporánea caracterizada por la inestabilidad, la incertidumbre y la falta de estructuras fijas. En su obra *Modernidad líquida*, Bauman argumenta que, en la sociedad actual, las relaciones, las identidades y los valores son fluidos y cambiantes, lo que genera una sensación de desarraigo y ansiedad. Esta fluidez se traduce en una dificultad para establecer conexiones emocionales duraderas y significativas. Según Bauman, «Sería imprudente negar o menospreciar el profundo cambio que el advenimiento de la "modernidad fluida" ha impuesto a la condición humana» (Bauman, 2004: 13).

Bauman destaca que la modernidad líquida afecta profundamente la forma en que las personas experimentan sus emociones. En un mundo donde las relaciones son efímeras y las identidades son flexibles, las emociones se convierten en un campo de batalla. La búsqueda de la satisfacción emocional se ve obstaculizada por la superficialidad de las interacciones y la falta de compromiso. Las emociones, en este contexto, son a menudo tratadas como mercancías que se consumen y desechan, lo que contribuye a una sensación de vacío y alienación (Bauman, 2004: 15).

Como se ve, ambos autores abordan la influencia de las emociones en la sociedad, aunque desde ángulos diferentes. Foucault se centra en cómo las estructuras de poder moldean las emociones y la subjetividad a través de discursos y prácticas institucionales, mientras que Bauman examina cómo la liquidez de la modernidad

contemporánea afecta la estabilidad emocional y las relaciones interpersonales. Foucault muestra cómo el poder configura las emociones al definir lo que es normal y aceptable, mientras que Bauman sugiere que la falta de estructuras fijas en la modernidad líquida genera una crisis emocional. Ambos reconocen que las emociones no son simplemente experiencias individuales, sino que están profundamente influenciadas por contextos sociales y culturales.

En resumen, tanto Foucault como Bauman ofrecen perspectivas valiosas sobre la influencia de las emociones en la sociedad, aunque desde enfoques distintos. Foucault se centra en el poder y su capacidad para moldear la subjetividad y las emociones a través de discursos y prácticas, mientras que Bauman aborda la inestabilidad emocional y la superficialidad de las relaciones en la modernidad líquida. Juntos, sus enfoques nos permiten comprender mejor cómo las emociones son tanto un producto de estructuras sociales como un factor que influye en la experiencia humana en un mundo en constante cambio.

Convergencia entre el arte y las ciencias

En la posmodernidad surge un enfoque holístico que reconoce las interconexiones entre diversas formas de conocimiento, incluidas la ciencia y el arte. Este enfoque desafía la rígida división entre disciplinas que dominó durante la modernidad (Foucault, 1975; Lyotard, 1979/1991) y promueve una comprensión más integrada de la experiencia humana. Este cuestionamiento de las epistemes establecidas es posible, según Foucault, porque subyace a todo saber una «experiencia desnuda del orden» que precede a los códigos con los que una cultura organiza el mundo (Foucault, 1966: 11).

Una manifestación notable de esta convergencia es la neurociencia afectiva, un campo interdisciplinario que investiga cómo las emociones están relacionadas con la actividad cerebral. Esta área de investigación demuestra cómo la ciencia puede proporcionar una comprensión profunda de las experiencias emocionales al

integrar conocimientos de la psicología, la biología y la neurociencia (Damasio, 1994: 50-75). Los descubrimientos en neurociencia afectiva han influido en campos como la psicoterapia, la educación y el bienestar, subrayando así la importancia de las emociones en la vida cotidiana.

Paralelamente, la expresión artística contemporánea también refleja esta convergencia entre ciencia y arte. Los artistas contemporáneos utilizan tecnologías avanzadas, como la realidad virtual y la inteligencia artificial, para crear obras que exploran las interacciones entre la mente, las emociones y el entorno. Estas obras no solo representan nuevas formas de expresión artística, sino que también fomentan una profunda reflexión sobre la naturaleza de la experiencia humana y la relación entre arte y ciencia (Massumi, 2002; Shusterman, 1992).

Además de las implicaciones directas en la expresión artística, la integración de la ciencia y el arte tiene importantes repercusiones para la educación y la cultura. En la educación, se promueve un enfoque interdisciplinario que fomenta el pensamiento crítico, la creatividad y la empatía. Al mismo tiempo, en la cultura, esta convergencia enriquece nuestra comprensión de la condición humana y nos permite abordar los desafíos contemporáneos de manera más holística (Sedgwick, 2003: 120-145).

Definición de paradigma: ciencia y poder

El concepto de paradigma es fundamental para entender cómo las sociedades construyen y mantienen sus sistemas de conocimiento y poder. Un paradigma puede describirse como un conjunto de creencias, valores y técnicas compartidas por una determinada comunidad científica. Este sistema cerrado de verdades no solo estructura la creación y validación del conocimiento, sino que también refleja y perpetúa las relaciones de poder existentes en la sociedad.

Un paradigma es un marco cerrado que define lo que se considera verdadero en un contexto dado. Este sistema cerrado no solo establece los límites del conocimiento aceptable, sino que también excluye otras formas de comprensión y conocimiento. Como se mencionó anteriormente, Thomas Kuhn (2004/1962), en su obra *La estructura de las revoluciones científicas*, argumenta que los paradigmas científicos determinan qué preguntas son legítimas y qué métodos son apropiados para responderlas. Esta exclusividad puede conducir a la resistencia al cambio y a la tendencia a rechazar o ignorar las pruebas que desafían el paradigma dominante.

En este contexto, la ciencia y el poder, actuando juntos, construyen la realidad dentro del marco del paradigma. Michel Foucault, en su análisis de la relación entre el conocimiento y el poder, es explícito al respecto. Señala que existe una «técnica para constituir efectivamente a los individuos como elementos correlativos de un poder y de un saber. El individuo es sin duda el átomo ficticio de una representación "ideológica" de la sociedad; pero es también una realidad fabricada por esa tecnología específica de poder que se llama la "disciplina"» (Foucault, 2002: 180). De esta manera, los paradigmas científicos, cuando son aprobados y promovidos por las estructuras de poder, moldean la percepción de la realidad y establecen lo que se considera conocimiento válido, al tiempo que fabrican subjetividades acordes a ese orden.

Además, dentro del paradigma se define qué constituye conocimiento importante y cuáles son las formas legítimas de adquirirlo. Esto incluye la determinación de los métodos científicos aceptables, las teorías dominantes y los estándares de evidencia. Como señala Kuhn, los paradigmas no solo proporcionan a los científicos mapas sino también algunas de las indicaciones principales para el establecimiento de mapas. Al aprender un paradigma, el científico adquiere al mismo tiempo teoría, métodos y normas, casi siempre en una mezcla inseparable. Por consiguiente, cuando cambian los paradigmas, hay normalmente transformaciones importantes de los criterios que determinan la legitimidad tanto de los problemas como de las soluciones propuestas (1962/2004: 174).

En este sentido, el paradigma actúa como un modelo o patrón aceptado que guía la práctica científica y define lo que se considera una solución válida. Sin embargo, estos criterios están moldeados por las relaciones de poder que favorecen ciertos tipos de conocimiento sobre otros.

De esta manera, los paradigmas no solo reflejan la estructura del conocimiento científico, sino que también reproducen las jerarquías y dinámicas de poder existentes en la sociedad. El conocimiento científico no es simplemente un reflejo objetivo de la realidad; es un producto social que está condicionado por las relaciones de poder y los intereses que dominan en un momento dado (Horkheimer y Adorno, 1944/2008: 52-101).

Un ejemplo histórico de este proceso es el paso del paradigma ptolemaico al copernicano, que no solo fue un cambio científico, sino también un desafío a la autoridad de la Iglesia y al punto de vista dominante de la época. Este cambio de paradigma se encontró con la resistencia de las estructuras de poder existentes, que lo veían como una amenaza a su autoridad y control. La aceptación de la teoría de la evolución de Darwin significó un cambio de paradigma significativo que desafió las creencias religiosas y la estructura de poder de la Iglesia. La teoría de la evolución, al cuestionar la idea de un diseño divino, se encontró con una resistencia considerable por parte de las instituciones religiosas. La teoría de la relatividad de Einstein representó un cambio radical en la comprensión de la física, cuestionando el paradigma de Newton, que había dominado durante siglos. Este cambio de paradigma también implicó una reconfiguración de las estructuras de poder en la comunidad científica.

Cómo las emociones influyen en la política y la cultura

Durante la campaña presidencial de Donald Trump en 2016, se evidenció cómo las emociones, especialmente, el miedo y la ira, fueron utilizadas para movilizar a los votantes. Trump utilizó un discurso que enfatizaba el miedo a la inmigración y al terrorismo, lo

que resonó con muchos votantes que sentían que su seguridad estaba amenazada. Según Bennett y Segerberg, «las emociones negativas, como el miedo y la ira, pueden ser más efectivas que las emociones positivas para movilizar a las personas en la acción política» (Bennett y Segerberg, 2013: 24).

Además, la retórica de Trump apeló a la ira de los votantes hacia el establecimiento político, lo que ayudó a crear un sentido de urgencia y acción. Esto se refleja en el análisis de Moffitt en su libro *The Global Rise of Populism*, en el que argumenta que «la ira se convierte en un poderoso motor para la movilización política, especialmente en contextos donde los votantes se sienten marginados» (Moffitt, 2016: 78).

Por otro lado, en Italia, uno de los primeros países en ser gravemente afectado por la pandemia de COVID-19, la respuesta emocional de la población tuvo un impacto significativo en las decisiones políticas. La rápida propagación del virus generó un clima de miedo y ansiedad en la población. Según Paltoglou y Thelwall, en su estudio *The Emotional Impact of COVID-19 on Social Media*, «el miedo y la ansiedad se convirtieron en emociones predominantes en las discusiones en línea, lo que influyó en la percepción pública de la crisis» (Paltoglou y Thelwall, 2020: 5).

A medida que la situación se agravaba, también surgieron sentimientos de solidaridad y comunidad. La campaña «Andrà tutto bene» (Todo estará bien) se volvió viral, promoviendo un mensaje de esperanza y unidad. Según González y Rojas, en su artículo *Emotional Responses to the COVID-19 Pandemic in Italy*, «la solidaridad emergente en tiempos de crisis puede ser un poderoso antídoto contra el miedo y la desesperanza» (González y Rojas, 2021: 12).

A pesar de los avances que producen, uno de los principales reproches hacia los paradigmas es su resistencia al cambio. Los paradigmas dominantes, sostenidos por las estructuras de poder, tienden a perpetuarse y a resistirse a las contrapruebas. Este conservadurismo paradigmático puede limitar la innovación y el

progreso científico, impidiendo la consideración de perspectivas alternativas. Los paradigmas también pueden excluir conocimientos y metodologías alternativas que no se ajustan a sus criterios establecidos. Esta exclusión puede llevar a una visión reduccionista y sesgada de la realidad, que ignora la diversidad de experiencias y conocimientos. Por ejemplo, el conocimiento indígena ha sido históricamente marginado por los paradigmas científicos occidentales (Weber, 1905).

De acuerdo con lo expuesto, la relación entre poder y conocimiento dentro de un paradigma puede generar conflictos de intereses. Las estructuras de poder que controlan la producción y validación del conocimiento pueden manipular los resultados científicos para servir a sus propios intereses. Esto plantea preguntas éticas y políticas sobre la integridad de la ciencia y su papel en la sociedad (Mill, 1962).

Esta comprensión crítica de los paradigmas nos ayuda a reconocer las limitaciones y sesgos inherentes a cualquier sistema de conocimiento y a cuestionar las relaciones de poder que subyacen a ellos. Para acelerar la creación de conocimiento, es crucial promover una ciencia más inclusiva y crítica que reconozca y valore la diversidad de perspectivas y experiencias (Kant, 2003).

A lo largo del análisis presentado en este artículo, se ha evidenciado que la transición de la modernidad a la posmodernidad ha generado un cambio paradigmático significativo en la forma en que entendemos y valoramos las emociones en los contextos políticos y culturales. En la modernidad, la razón y el objetivismo científico dominaron la narrativa, relegando las emociones a un plano secundario y considerándolas como obstáculos para el progreso. Sin embargo, este enfoque ha sido cuestionado y reconfigurado en la posmodernidad: en ella las emociones emergen como elementos centrales en la construcción de significados y en la toma de decisiones.

Este nuevo paradigma no solo reconoce la complejidad y la subjetividad de la experiencia humana, sino que también promueve

un enfoque holístico que integra la ciencia y el arte. La convergencia entre estas disciplinas ofrece un marco enriquecedor para investigar las emociones, permitiendo una comprensión más profunda y matizada de cómo estas influyen en la política y la cultura. La neurociencia afectiva, por ejemplo, demuestra que las emociones son fundamentales para la racionalidad humana, desafiando la dicotomía tradicional entre razón y emoción.

Asimismo, el artículo subraya la importancia de las emociones en la búsqueda de conexión y pertenencia en un mundo posmoderno caracterizado por la incertidumbre y la fluidez de las identidades. En este contexto, la política se convierte en un espacio donde las emociones pueden ser manipuladas, lo que plantea cuestiones éticas sobre la responsabilidad en la comunicación política y la movilización social.

Referencias bibliográficas.

Bauman, Z. (2010). *Modernidad y holocausto*. Madrid: Sequitur.

Bauman, Z. (2004). *Modernidad líquida*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.

Bennett, W. L., y Segerberg, A. (2013). *The logic of connective action: Digital media and the personalization of contentious politics*. Cambridge University Press.

Bohm, D. (1980). *Wholeness and the implicate order*. London: Routledge and Kegan Paul.

Damasio, A. R. (1994). *Descartes' error: emotion, reason, and the human brain*. New York: Avon Books.

Derrida, J. (1986). *De la gramatología*. México D.F.: Siglo XXI Editores.

Feyerabend, P. (1986). *Tratado contra el método: esquema de una teoría anarquista del conocimiento*. Madrid: Editorial Tecnos.

Foucault, M. (1966). *Las palabras y las cosas*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Foucault, M. (2002). *Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

González, M., y Rojas, C. (2021). «Emotional responses to the COVID-19 pandemic in Italy.» *Journal of Social and Political Psychology*, 9(1), 1-15.

Habermas, J. (1981). *The theory of communicative action*. Cambridge: Polity Press.

Horkheimer, M. y Adorno, T. W. (2008). *Dialéctica del Iluminismo*. Madrid: Trotta.

Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo. (1990). Desarrollo humano: Informe 1990. Oxford University Press. https://hdr.undp.org/content/human-development-report-1990

Hölderlin, F. (1986). *Poesía completa*. Barcelona: Ediciones 29.

Jameson, F. (1991). *Posmodernismo, o la lógica cultural del capitalismo avanzado*. Barcelona: Paidós Ibérica.

Kant, I. (2003). *Crítica de la razón pura*. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. https://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmcwq1w3

Kuhn, T. S. (2004). *La estructura de las revoluciones científicas*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.

Lyotard, J.-F. (1991). *La condición postmoderna: Informe sobre el saber*. Madrid: Cátedra.

Massumi, B. (2002). *Parables for the virtual: Movement, affect, sensation*. Duke University Press.

Mill, J. S. (1962). *Sobre la Libertad*. Madrid: Aguilar.

Moffitt, B. (2016). *The global rise of populism: Performance, political style, and representation*. Stanford University Press.

Paltoglou, G., y Thelwall, M. (2020). The emotional impact of COVID-19 on social media. International Journal of Information Management, 55, 102186.

Nussbaum, M. C. (2001). *Upheavals of thought: The intelligence of emotions*. Cambridge University Press.

Sedgwick, E. K. (2003). *Touching feeling: Affect, pedagogy, performativity*. Duke University Press.

Shusterman, R. (1992). *Pragmatist aesthetics: Living beauty, rethinking art*. Oxford: Blackwell.

Shusterman, R. (2000). *Performing live: Aesthetic alternatives for the ends of art*. Cornell University Press.

Tacey, D. J. (2004). *The Spirituality Revolution: The Emergence of Contemporary Spirituality*. Melbourne – Sidney: Harper Collins.

Urbina Cárdenas, J. E. (2005). *Maestros que apasionan por el aprendizaje. Estudio de casos en la Facultad de Educación de la Universidad Francisco de Paula Santander de Cúcuta* [Tesis de maestría, Universidad Industrial de Santander].

Weber, M. (2013). *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.